

## Retratos literarios de escritores españoles en dos libros de viajes de Manuel Fernández Juncos y Luis G. Urbina

Montserrat Amores García  
Universitat Autònoma de Barcelona

Una de las prácticas habituales de los viajeros del siglo XIX cuando se encuentran en la ciudad de destino es la visita a personalidades ilustres del lugar, costumbre que se convierte en episodios de sus relatos de viajes. Suelen presentarse a personas que ocupan cargos importantes en la administración, a publicistas, científicos u hombres de letras de los que pueden informarse con el fin de trasladar lo aprendido a su país de procedencia. En muchas ocasiones al forastero le anima no solo el afán de ilustrarse, sino también la admiración y el deseo de conocer a la celebridad admirada. En cualquier caso, el autor del relato de viajes tiene la posibilidad de convertir en centro de atención de algunas de las páginas de su libro a las personalidades con las que ha compartido algunas horas, que compiten en protagonismo con las visitas a museos, monumentos o con la asistencia a espectáculos.

El periodista, político y escritor Manuel Fernández Juncos viaja a España en la primavera-verano de 1885 y publica al año siguiente *De Puerto-Rico a Madrid. Estudios de viaje*, que firma en mayo de 1886. Las circunstancias personales que provocan el periplo del escritor a España, su particular condición de intelectual hispano-puertorriqueño, su influyente papel como periodista y político y la particular situación del país como una de las últimas colonias españolas explican la singularidad de este libro de viajes. Manuel Fernández Juncos<sup>1</sup> había nacido en una aldea cercana a Ribadesella en 1846, pero a los doce años su familia lo envía a Puerto Rico para buscar un próspero porvenir como comerciante. Sin embargo, muy pronto muestra afición por las letras y se convierte en escritor y

1. Luis Bonafoux, amigo del periodista, le dedicó un artículo en *El Español* (I, 32, 6 de enero de 1883) reproducido en *Mosquetazos de Aramis* (1885). Ciordia Muguerza (2004-2005) recupera testimonios que insisten en la “puertorriqueñidad” del escritor. Asimismo, los biógrafos del escritor distinguen dos grandes etapas en su vida que tienen la invasión estadounidense de Puerto Rico como bisagra. En la primera destaca el periodista, escritor costumbrista y difusor de la cultura puertorriqueña. Tras la invasión de EE. UU. su actividad se vuelca en la labor pedagógica en relación con la defensa del español en la educación del país. Para una breve y reciente aproximación a la vida del escritor, véanse Cortés Zavala y Gargallo García (2011: 9-15) y Badía Rivera (2017: 136-141).

periodista, fundando en 1877 *El Buscapié*, uno de los semanarios más influyentes de Puerto Rico. Allí venía publicando textos de diversa índole, dirigidos a impulsar el progreso de la isla, dentro del ideario del reformismo liberal. En esencia, *El Buscapié* se erigió como un órgano impulsor de la literatura puertorriqueña, que abogaba por el progreso y la modernidad y que pretendía extender lazos entre Europa y América. Al mismo tiempo, Fernández Juncos se había convertido en 1885 en una de las personalidades más influyentes de Puerto Rico como representante de las ideas del Partido Federal Reformista y como defensor de su autonomía, un ideario del que también se hace eco *El Buscapié*, donde *De Puerto-Rico a Madrid* se publica por entregas a lo largo de 1887 (Cortés Zavala y Gargallo García, 2011: 16).

Si nos atenemos a la “Introducción” que antecede a *De Puerto-Rico a Madrid por La Habana y Nueva-York*,<sup>2</sup> Fernández Juncos emprende su viaje a España para cumplir con una promesa: regresar a su hogar para encontrarse con su padre antes de que este pierda la vista definitivamente. El relato de viajes parte de una motivación personal. No obstante, se sumará a este impulso primero el “invencible apego hacia este generoso y bello país, donde he nacido a la vida de la inteligencia”, que es Puerto Rico y que se ha convertido también en su patria. El periodista vuelve, pues, a “los dulces afectos del hogar” (Fernández Juncos, 1887: XI), pero aprovechará para emprender una tarea acorde con sus principios culturales y políticos, dispuesto a estrechar los lazos entre España y Puerto Rico.

El volumen se ajusta a los rasgos fundamentales que caracterizan al “relato de viajes” definido por Alburquerque-García (2011): se trata de un texto factual que responde a acontecimientos verificables en el que predomina la descripción sobre la narración, una descripción en este caso de raíz costumbrista,<sup>3</sup> y, como se verá, tendente a la subjetividad. Se inscribe además en las llamadas “Impresiones de viaje”, pues son literarias y personales, manteniéndose cierta tensión entre la ficción y los acontecimientos reales, y emplea buena parte de los tópicos comunes de los libros de viajes (Ortega Román, 2006), como la búsqueda de comprensión por parte del lector al confesar que la redacción del libro no se hizo en las mejores condiciones (Fernández Juncos, 1887: XIV) o la descripción de la abrumadora belleza o la riqueza de algunos de los monumentos que visita.

Fernández Juncos llega a Cádiz procedente de Nueva York en el vapor *Valencia*, “predispuesto el ánimo” y con el vivo “deseo de ver tierra española”

2. Se trata de la edición de sus dos libros de viajes, *La Habana y Nueva York* y *De Puerto-Rico a Madrid*, ambos de 1886, que se publican como “segunda edición” en un solo volumen al año siguiente. El autor debió de enviar a Puerto Rico parte de sus impresiones de viaje, puesto que en noviembre de 1885 el periódico madrileño *El Motín. Periódico Satírico Semanal* reproduce un extracto de las primeras páginas de *La Habana y Nueva York*, correspondientes a la descripción de un capellán que viaja con él en el vapor (25 de noviembre de 1885, v, suplemento al n.º 47, p. 4; véase Fernández Juncos, 1887: 8-10).

3. “Como escritor demostró su interés por el género costumbrista como el vehículo más apropiado para reafirmar una identidad nacional puertorriqueña” (Cortés Zavala y Gargallo García, 2011: 15).

(1886: 6); de allí se traslada por barco a La Coruña, donde debe guardar cuarentena, pues se ha declarado el cólera en Madrid, circunstancia que aprovecha para leer “la novela de la temporada”: *El cisne de Villamorta* de Emilia Pardo Bazán.<sup>4</sup> De La Coruña pasa a Santander, visita a su padre en Ribadesella, se desplaza a Gijón y a Oviedo, para atravesar a continuación las tierras de León y Castilla en tren y llegar a Madrid, donde permanece casi un mes y desde donde realiza una excursión junto a otros amigos a El Escorial, donde acaba el periplo referido en el volumen.

Como *Estudios de viaje, De Puerto-Rico a Madrid* responde a la hibridez del género, pues compendia en sus páginas, como cajón de sastre, las descripciones a la manera de las guías turísticas de visitas a monumentos, museos y lugares emblemáticos; los juicios sobre el carácter de gaditanos, asturianos y madrileños; la descripción de fiestas y costumbres populares; “la novela de un estudiante”, que incluye el autor utilizando el recurso del manuscrito encontrado (cap. II); la narración de lo sucedido relatada por un viejo cirujano asturiano a modo de “Intermedio”, titulada “La muerte del diablo” (cap. IX); incluso, el juicio crítico de *El cisne de Villamorta* (cap. III). Como todo viajero, el narrador parte con una imagen preconcebida de aquellos lugares que visita, efecto, en unos casos, como señala al visitar Cádiz, de la fantasía con la que había soñado el autor la ciudad, en otros, de la evocación de los tiernos recuerdos de su infancia al visitar su tierra natal, o bien, resulta especialmente significativa la descripción de los lugares que visita a la luz de lo leído antes de partir.

A excepción de Cádiz y de su tierra natal, la gran mayoría de las ciudades descritas por Fernández Juncos responden a la imagen creada a través de las novelas y narraciones de autores españoles a los que se presenta el viajero. De la narración de esos encuentros puede componerse una breve galería de retratos en los que voy a centrar mi atención para mostrar además cómo la ciudad en la que viven los escritores se transforma, de forma que, citando a Leonardo Romero Tobar se une inextricablemente el “yo he visto” con el “yo he leído” (2005: 132). Es fundamental tener en cuenta que Fernández Juncos seleccionó los retratos para su libro, pues sabremos al final del mismo que visitó a otros escritores que no se convierten en personajes de su obra.<sup>5</sup> El procedimiento utilizado es semejante en todos los casos: presenta brevemente la ciudad de forma descriptiva, como si de una guía turística se tratase, y muy pronto se impone la ciudad “leída”

4. La novela, fechada en septiembre de 1884, “tuvo mucho éxito inicial. Así lo prueban las dos ediciones hechas por el mismo Ricardo Fe en 1885” (Faus, 2003: 229).

5. En las últimas páginas de *De Puerto-Rico a Madrid*, agradece a Antonio Cortón que le pusiese en contacto con Gaspar Núñez de Arce o José Casado del Alisal (Fernández Juncos, 1886: 297) y sabemos que estableció una “intimidad valiosísima” con Julio Nombela. Por otra parte, ese procedimiento es el que utiliza en una ocasión en *Habana y Nueva York*, aunque sin la significación que adquieren en *De Puerto-Rico a Madrid*. En el primer volumen visita a Frank Leslie, “la gran publicista Norte-americana, que dirige y edita cinco periódicos ilustrados de los más importantes de Nueva York”, que lo recibe vestida de andaluza (1887: 87-88).

a la visitada al enlazarse con la cita prevista con los escritores. Me centraré en los retratos de Emilia Pardo Bazán, José María de Pereda y Leopoldo Alas, vinculados a La Coruña, Santander y Oviedo, respectivamente.

Al llegar a La Coruña por mar, y tras hacer una brevísima descripción general de la ciudad, Fernández Juncos pasa enseguida a buscar en el espacio el referente literario del que parte, la Marineda de *La Tribuna* de doña Emilia:

Pero es inútil que yo continúe describiendo esta ciudad.

¿Han leído ustedes *La Tribuna*, preciosa novela naturalista, citada en el capítulo anterior? Pues aquella Marineda tan admirablemente descrita en varios pasajes de dicha obra, es el fiel trasunto de la Coruña.

Influido por esa alucinación que suelen producir en el ánimo las descripciones artísticas cuando están hechas con exactitud, vigor y riqueza de colorido, más de una vez creí divisar en aquellos lugares la gallarda figura de *Amparo*, protagonista de la citada obra, o alguno de sus personajes más característicos (Fernández Juncos, 1886: 87-88).

Es en este contexto donde se sitúa la primera de las visitas del narrador, con la que se inicia la galería de retratos. Fernández Juncos se dirige a la casa de Emilia Pardo Bazán, la sede actual de la Casa-Museo y de la Real Academia Gallega, tras recibir una “cortés y bondadosa invitación”, y le sigue una breve descripción del espacio interior en el que a la manera de Balzac los objetos describen a las personas: los cuadros profanos y religiosos de la antesala, muchos pintados por la madre de la autora; la luminosa biblioteca en la que lo recibe su padre; los bustos y fotografías de escritores y artistas célebres coetáneos. Todos estos elementos se encuentran antes de llegar al gabinete, adonde llega doña Emilia, precedida de una sensación semejante a “un suave rumor de alas”:

Vestía un traje blanco de batista, que modelaba sin violencia ni estrecheces artificiales las formas ricas, correctas y majestuosas de aquel cuerpo exuberante de salud y de hermosura. Su semblante es varonil, sin dejar de tener en alto grado la dulzura de expresión y el bello atractivo propios de la mujer. Todo en aquella fisonomía revela claramente las altas dotes intelectuales que distinguen a la ilustre autora de *San Francisco de Asís*. Sus ojos negros, vivos y perspicaces, adquieren una expresión extraordinaria con la vehemencia del discurso, y su rostro se aviva, se enciende, se ilumina y cambia de gesto con animada y graciosa movilidad, armonizándose perfectamente con las inflexiones de la voz y los giros del pensamiento.

En su boca juguetea siempre una sonrisa dulce, benévola y a veces regocijada y chispeante, pero refractaria o poco dispuesta al humorismo acerbo y al desabrido tono de la ironía (1886: 90-91).

El periodista y la escritora conversan alrededor de dos horas sobre la novela contemporánea francesa y española (“habló en elogio de Pérez Galdós, de Pere-

da, de Alarcón, de Ferman [*sic*] Caballero y otros novelistas españoles”), de la literatura portuguesa, y muestra interés por conocer América y estudiar su literatura. Además, manifiesta “cierta adorable preocupación femenina” y se queja de “lo mal que había salido su retrato en la nueva edición del *San Francisco*.<sup>6</sup> La conversación se interrumpe con la llegada de los hijos de la escritora que, “dio de mano su pluma y sus laureles para ceñirse la sublime aureola de la maternidad” (93). La familia invita a comer al visitante que disfruta “de un verdadero banquete” y de una “gratisima escena de familia por la sencillez patriarcal y la intimidad afectuosa que reinó durante la comida” (94). Antes de partir, la anfitriona escribe cartas de recomendación para varios escritores, entre ellas, una para José María de Pereda, que constituirá el siguiente eslabón de la cadena, pues, a continuación, Fernández Juncos se dirige a Santander y seguirá el mismo proceder que con La Coruña: describe de forma sucinta la ciudad para convertirla en seguida en sustancia de ficción, pues pasea y observa a los ciudadanos a través de las páginas de las novelas del escritor montañés:

De mí sé decir que en el poco tiempo que permanecí en la ciudad, tuve ocasión de ver a Sotileza, la pulcra y hermosísima pescadora, gala y orgullo del Cabildo de Arriba; a la *Carpia* y la *Chumacera* diciendo pestes de todo el gremio, a Mocejón cargado con sus redes [...] pasé más de una vez por junto a la *Fisenuca* y la *Bigornia*, y hasta vi claramente, con los ojos de la imaginación, aquel antiguo *Muelle Anaos* con sus mezuquinas fraguas, sus barracas ruinosas, sus depósitos de alquitrán y brea [...] (1886: 99).

Después, Fernández Juncos visita a Pereda en su casa de Santander, en la calle del Muelle, actual Paseo de Pereda. Llega en los días posteriores al homenaje en forma de serenata que la ciudad de Santander había ofrecido al escritor por la publicación de *Sotileza*, que tuvo lugar el 24 de marzo de 1885:

Precisamente en aquellos días le habían dado a Pereda una serenata con motivo de la publicación de *Sotileza*, y por todas partes canturreaban las gentes del pueblo las estrofas dedicadas al gran novelista, en las que se nombraba a Silda, a Muergo, y a otros célebres tipos populares de aquella obra, y esto vino a influir muy eficazmente en mi ánimo, ya predispuesto por aquellas lecturas, para que fuese más viva y más completa la ilusión (100).<sup>7</sup>

6. La conversación debió de versar sobre otros temas, puesto que Emilia Pardo Bazán se había puesto en contacto antes de enero de 1884 con Manuel Fernández Juncos para gestionar la fundación en Puerto Rico de una sociedad de folclore borinqueño, según refiere la autora en carta del 27 de enero de 1884 a Antonio Machado y Álvarez (véase, Deaño Gamallo, 2008: 198).

7. González Herrán da cuenta de las notas de prensa santanderinas y madrileñas publicadas sobre esta serenata: “*Los Bandos*, Santander, 22 de marzo: da noticia de que una sociedad coral santanderina, denominada ‘Los Bandos’ proyecta ofrecer una serenata al escritor. *El Correo de Cantabria* del día 25 da noticia de esa serenata. *El Progreso de Santander* del 26 de marzo, en un artículo sin firma titulado ‘Los Bandos’ da noticia

El autor de *Sotileza* lo recibe en su gabinete de estudio rodeado de cuadros de paisajes de Polanco y de un retrato suyo cuyo comentario por parte del periodista sustituye al literario esperado: “Un excelente retrato de Pereda, que parece de Cervantes por la notable semejanza que tienen entre sí ciertos rasgos de la fisonomía de ambos autores” (101). Como en el caso anterior, Fernández Juncos habla con Pereda de literatura española contemporánea y de sus autores; Pereda le explica su método de trabajo, le cuenta algunas anécdotas de su viaje por España y Portugal con Galdós<sup>8</sup> y otras circunstancias personales del momento, y el visitante refiere, para concluir, una brevísimas etopeya del escritor santanderino: “Pereda es uno de esos caracteres nobles, francos, enérgicos, de acentuada y vigorosa personalidad, que infunden a la vez sentimientos de respeto y de confianza, de simpatía y veneración” (102).

Tras la visita a su tierra natal y a su padre, el autor describe en el capítulo x su paso por Gijón y Oviedo. En la primera ciudad intenta ver a Concepción Arrenal, “una de las mujeres de más inteligencia y de más profundo saber que ha habido hasta ahora en España” (158), sin éxito alguno, pues la autora de los *Estudios penitenciarios* no se encontraba entonces en la ciudad.

A instancias de Pereda, Fernández Juncos visita a Clarín, “uno de los primeros críticos de España”, en Oviedo. Si bien el autor sigue el mismo sistema que el empleado anteriormente, los resultados no van a ser semejantes. El viajero describe brevemente la ciudad cuya fisonomía sombría no se corresponde con el “carácter jovial” y la “alegría franca y juguetona, un espíritu vivaz, inquieto y comunicativo” de los ovetenses (1886: 160). Visita a Alas en los días justamente posteriores a la polémica entre el Obispo y Clarín:

Lo cierto es que se cambiaron cartas y artículos en los periódicos, que Clarín, dirigió al Obispo una ingeniosa respuesta, llena de gracia y de intención, y que cuando yo llegué a Oviedo todavía se hablaba del Obispo y de *La Regenta* muy a menudo y había opiniones opuestas sobre uno y otra, si bien casi todos convenían en que *La Regenta* era de lo bueno que se había escrito en España en clase de novela experimental (163-164).<sup>9</sup>

---

de la serenata, además de publicar el texto de una canción, ‘Sotileza’ que se interpretó en aquel homenaje musical” (1983: 225-226, n. 35).

8. El viaje ha sido documentado por varios estudiosos: Madariaga, 1991: 297-305; González Herrán, 1981; Ortiz Armengol, 1995: 399.

9. Como es sabido, Fernández Juncos se refiere a la sonada polémica con el obispo de Oviedo, fray Ramón Martínez Vigil, que se inicia a finales de abril de 1885 y que acaba, solo con un punto y seguido, con la carta que dirigió Clarín y publicó en *El Eco de Asturias* en mayo de 1885 (Tintoré, 338; *vid.* 74-77). Yvan Lissorgues indica que Fernández Juncos visita a Leopoldo Alas a finales del mes de marzo, según carta inédita de Pereda a Clarín, aunque tiene que ser posterior (Lissorgues, 2007: 442-443).

El retrato de Leopoldo Alas es, cuando menos, curioso:

Es un joven de agradable trato, de mirada inteligente y de fisonomía simpática.

Mi primera impresión en su presencia tenía algo de vacilante y dudosa: me costaba trabajo creer que aquel hombre tan afectuoso y benévolo fuese el crítico batallador, implacable y terriblemente sincero que llegó a ser y sigue siendo aún la pesadilla de muchos escritores contemporáneos; pero empezada la conversación, bien pronto pude notar aquel ingenio vivo y picante, aquel juicio claro y certero, y aquella espontaneidad y gracia en el decir, que constituyen más principalmente el carácter literario de *Clarín* (1886: 163).

A continuación, resume la opinión que a Alas le merece la crítica y se centra en su labor como crítico y como satírico. Solo dedica una frase a *La Regenta* y *Zurita*, de lo cual se deduce que no ha leído la novela de Clarín, razón por la que se omite en este caso la descripción de Oviedo desde la obra de Leopoldo Alas.

Ya en Madrid, donde reside durante un mes, Fernández Juncos busca la ciudad “leída”, esta vez la de Larra y de Mesonero Romanos. Más interesante resulta el paseo por El Retiro que da el hispano-puertorriqueño en coche acompañado de “un ingenioso y antiguo periodista, muy conocedor de la sociedad madrileña y de las celebridades españolas residentes en Madrid” (202), que bien pudiera ser Julio Nombela a juzgar por uno de los comentarios finales del libro. El paseo se convierte en una galería de brevísimos retratos, realizados mediante la selección de aquellos rasgos físicos que singularizan al personaje. Allí ve al rey Alfonso XII y a la reina Cristina, a la exprincesa de Asturias y la infanta doña Eulalia. Se cruza con Cánovas y ve al “gran Castelar” acompañado del “buen mozo” de Alvarado. De entre los escritores, menciona a Campoamor y a Alarcón. Solo echa en falta dos notabilidades que hubiera querido ver: Sagasta y Galdós.<sup>10</sup>

El último capítulo del libro está dedicado a “La colonia antillana” y tiene como protagonistas a amigos y correligionarios: el asturiano afincado en Cuba y líder autonomista del momento, Rafael María de Labra; el puertorriqueño residente en Madrid y defensor a ultranza del abolicionismo, Julio Vizcarrondo; y, Antonio Cortón, escritor y periodista borinqueño. Fernández Juncos ha-

10. En 1887 Fernández Juncos publica una reseña de *Miau* en la *Revista Puertorriqueña*, donde escribía sobre Galdós: “Apenas se comprende cómo un novelista observador profundo y minucioso en grado sorprendente, como lo es el insigne Galdós, pueda ser al mismo tiempo tan fecundo. Quien haya leído con atención *La de Bringas*, *Lo prohibido*, *Fortunata y Jacinta* y *Miau*, y sepa que los ocho abultados tomos de que constan han sido escritos en dos inviernos, no podrá menos de admirar el trabajo de observación y de análisis realizado en dichas obras, amén de las descripciones bellísimas, de la pintura de los caracteres, los primores del ingenio y de otros elementos artísticos que abundan en cada una de ellas” (*op. cit.* en Cortés Zavala – Flores Padilla, 2015: 169).

bía llegado a Madrid a mediados de julio de 1885 y fue gratamente acogido por todos ellos, pues recibe un banquete de bienvenida organizado por Rafael María de Labra, según refiere *La Correspondencia de España*, el 17 de julio de 1885.<sup>11</sup>

Si a lo largo del viaje ha predominado el interés personal, el turístico y el propósito periodístico y literario, en las páginas finales de *De Puerto-Rico a Madrid*, Fernández Juncos parece querer cerrar el círculo al buscar en Madrid a los representantes de las dos últimas colonias españolas en la capital de la “Madre Patria”, pensando en sus lectores, los lectores puertorriqueños de *El Buscapié*.<sup>12</sup> Como en los casos anteriores, el autor busca la descripción de estas personalidades políticas, defensores del autonomismo en la Península, en su contexto específico. Me detendré en el retrato de Labra, por su interés y por su extensión. Si a los escritores los describe en su gabinete de estudio, con Labra lo hará destacando una de sus mejores cualidades: la oratoria.

Jefe y protector de esta colonia es el célebre tribuno don Rafael María de Labra, hombre verdaderamente extraordinario por su elocuencia y talento, su gran ilustración, su honradez inmaculada y sus excelentes condiciones de carácter.

Es de regular estatura y de gallarda presencia. Frente despejada y espaciosa, con tendencias a ensanchar sus dominios por medio de una de esas calvas prestigiosas, que revelan a primera vista la majestad suprema del saber; ojos grandes y vivos, de mirada inteligente; facciones varoniles aunque no exentas de corrección, y barba, como expresión de dos cualidades distintivas del carácter del Sr. Labra: la energía y la autoridad (Fernández Juncos, 1886: 267-268).

Y a continuación se incluye una biografía del político destacando sus logros en pro de las reformas y la autonomía de las Antillas y amplía el retrato al describir el banquete celebrado en su honor en el parque del Retiro,<sup>13</sup> y la recepción de su discurso, en el que el político tuvo que sortear con elocuencia el principal escollo que suponía el hecho de que estuvieran prohibidas entonces las manifestaciones republicanas:

11. “Anoche se celebró en la casa del ilustre hombre público D. Rafal María de Labra un banquete en obsequio del distinguido periodista D. Manuel Fernández Juncos, director del Buscapié de Puerto-Rico, que desde hace algunos días se encuentra entre nosotros. Asistieron a la fiesta, que tuvo carácter familiar y expansivo, los Sres. Vizcarrondo (D. Julio), Fernández Juncos, Regidor, Corton, Martínez Cadrana (D. Eduardo y D. Ignacio), Armillan, del Toro, Sánchez Somoano y otros varios”. En la Exposición Literaria y Artística de Madrid de ese año se galardonaron tres de sus libros: *Tipos y caracteres* (1883), *Costumbres y tradiciones* (1883) y *Varias cosas* (1884) (Ciordia Mugerza, 2003-2204: 37).

12. Puerto Rico también se hace presente en Asturias a propósito de diferentes circunstancias. Así, reproduce un canto popular en bable para recordar que lo había oído cantar en Puerto Rico. En Asturias se encuentra también con sus amigos José Sánchez Somoano y con Labra, a quien visita en su finca de Abuli, cerca de Oviedo.

13. De él dio noticia *El Liberal* el 19 de julio de 1885, señalando que fue un discurso muy aplaudido y alabando la elocuencia del político. Véase Hernández Ruigómez (1994) y Domingo Acebrón (1997).



De tal manera logró cautivar la atención de aquel inmenso auditorio, que mientras duró el discurso no hubo allí voluntad más que para seguir y admirar los armoniosos giros de aquella elocuencia privilegiada.

No recuerdo haber presenciado nunca tan espontánea, completa y magnífica ovación (1886: 274).

Con los retratos de las tres personalidades relacionadas con la política y la cultura de las dos últimas colonias, en especial de Puerto Rico, Fernández Juncos consigue trasladar a sus lectores, antes del cierre, el papel que los políticos de entonces estaban haciendo en España para conseguir los propósitos políticos en relación con la consecución de derechos y la defensa de la autonomía para Cuba y Puerto Rico.

De entre todas las personalidades con las que coincide en su viaje, Fernández Juncos selecciona, pues, para su galería, a los escritores españoles más célebres del momento y a los tres políticos más representativos de la actividad autonomista llevada a cabo en Madrid. Los primeros se constituyen en modelos a seguir desde el punto de vista de la actualidad literaria para un país, Puerto Rico, que construye en esos años una tradición literaria; los segundos son los políticos que aspiran, como él, a establecer una relación entre España y Puerto Rico basada en los principios autonomistas.

Treinta años después de la publicación de este libro de viaje, en 1916, el escritor y periodista que empezaba a labrarse un nombre en las letras mexicanas como poeta, Luis G. Urbina (1864-1934), llega a España como corresponsal en Madrid por *El Heraldo de La Habana*. Había abandonado México y se había exiliado a Cuba tras la revolución constitucionalista mexicana y codirigía entonces la revista *Cervantes* junto con Francisco Villaespesa y José Ingenieros en su primera época. Los tiempos eran otros y la labor de los periodistas si cabe más importante, pues el periodismo cultural de entreguerras evoluciona hasta convertir las crónicas en un documento literario capaz de ser informativo y descriptivo a la vez que un texto de opinión y de creación. En este contexto escribe Urbina sus crónicas que se publicarán en 1920 con el título de *Estampas de viaje. España en los días de la guerra*, pues su propósito es auscultar la posición de los españoles ante la Primera Guerra Mundial. Como crónica de viajes, género en el que se expresa más a menudo el relato de viajes durante el modernismo, deben clasificarse los textos de Urbina (Gomis, 1974: 51-52), que, según Guzmán Rubio “alcanzaron un inmenso éxito en Madrid” (2013: 185).

Como en el caso de Fernández Juncos, Urbina viaja a Nueva York, de allí se traslada a Cádiz, pasa por Gibraltar y se dirige a Barcelona, ciudad innovadora y cosmopolita, “centro editorial de primera importancia” (Urbina, 1920: 98) y disfruta de sus diversiones: el teatro catalán y los “cafés cantantes” con las cupletistas, salas de juegos, un orfeón y sardanas. En Madrid se convierte en observador de la huelga de ferroviarios, preludio de la huelga general de diciembre,

asiste a los cafés y a la zarzuela, a las verbenas y a los toros y ahonda en los aspectos más sórdidos de la capital, sin olvidar la obligada visita al Prado. El libro acaba con una breve estancia en Toledo convertida en “ciudad muerta” a través de la mirada modernista del autor.

Como muchos hispanoamericanos de ese periodo que pretenden reencontrarse con sus raíces, con su propia identidad, la actitud de Urbina es muy distinta a la de Fernández Juncos. El cronista mexicano muestra su admiración por España (Guzmán Rubio, 2013: 185), pero en relación de igualdad.

Después, este gran país, que seduce desde luego la vista con el espectáculo de sus costumbres y su naturaleza, y aviva la imaginación y la estimula a las evocaciones ante sus viejas maravillas de arte, fue, poco a poco, revelándose cuanto encierra su seno de calladas y profundas virtudes (Urbina, 1920: 12).

Urbina deambula por las calles de Madrid o de Barcelona como un “Don Nadie” (1920: 261) que se ha propuesto “ver primero a los pueblos que a las gentes, a los grupos que a los individuos” (260). En este sentido, algunas de las páginas de las *Estampas* deben ser consideradas ensayos sobre el pueblo español y sobre la relación entre España e Hispanoamérica, especialmente entre los intelectuales de ambos lados del Atlántico. Así, en el capítulo dedicado a “Los literatos españoles y los ruseñores americanos” muestra su antipatía ante la costumbre de los jóvenes escritores hispanoamericanos que se presentan en las redacciones y a los escritores españoles con el propósito de “recibir la consagración de manos de los pontífices de la poesía castellana” (264). A estos se les llama “ruseñores americanos”. Él prefiere dirigirse a los escritores españoles “sin la obligada genuflexión” y sin necesidad de perder la naturalidad en sus relaciones (265).<sup>14</sup> Sostiene, asimismo, que, en general, el literato español

[s]e cree de una superioridad incontestable sobre los hombres de letras españolas en Ultramar. Se juzga quizá un conquistador mental, supuesto que su nombre y sus obras ejercen un dominio y son conocidas y muchas veces admiradas en Colombia, Venezuela, Chile, Perú, Argentina, Cuba, México...

El concepto es falso, a todas luces; mas pienso que ha de llegar el día en que vaya siendo rectificado. Se necesita un esfuerzo de intercambio que cruce los límites utópicos de la confraternidad idealista y entre en el terreno positivo del comercio bibliográfico. Entonces se notarán los errores de esta indiferencia, ya que no desdén por la cultura de América (262).

14. Eso explica que, durante su estancia en Barcelona, y a pesar de tener la oportunidad de que le presenten al dramaturgo Ignasi Iglesias durante una representación teatral, lo describa desde lejos, como cualquier espectador de la obra, y que tampoco se presente a Ángel Guimerá y se conforme con verlo cada tarde en un café y describirlo de lejos a través del vidrio del escaparate (1920: 265-266).

Como Fernández Juncos, Urbina va acompañado de periodistas, editores y escritores del momento: fraterniza con Manuel Machado y con Villaespesa, pasea con el ecuatoriano Jorge Icaza y con el guatemalteco Gómez Carrillo por Madrid, con Ramón de Araluce en Barcelona y, como el escritor borinqueño, selecciona, de entre los escritores y artistas con los que entabla conocimiento durante su estancia en España, a unos pocos escritores para referir la visita a su casa. En este caso esa preferencia puede explicarse por el interés y la abierta comprensión ante la realidad hispanoamericana expresada por los autores españoles elegidos: Echegaray y Valle-Inclán.

A diferencia de Fernández Juncos, aquí las visitas son evocadas, no narradas como parte del itinerario, debido en parte al género al que se adscriben las *Estampas*, la crónica modernista, estudiada en el caso de Urbina por Romero (2016). Así ocurre con la visita a José Echegaray reconstruida para los lectores el día en que muere el autor: “Desde que escuché la frase púseme a hilvanar recuerdos, a remendar la tela podrida de la memoria” (1920: 190) y refiere su visita junto a Icaza, recordando el vínculo sentimental que les unía, pues su maestro, Justo Sierra, le había advertido que Echegaray había leído sus artículos y que le habían gustado.

Aunque la estructura del episodio se asemeja a los descritos por Fernández Juncos, el detallismo, la pincelada impresionista y la melancolía impregnan la narración. Se describe el contexto, la calle en la que vive, la casa que habita: “Una vasta habitación llena de libros”, una fotografía de María Guerrero y “una gran ventana, cuyos vidrios atravesaba la luz de la tarde, una luz discreta, teñida de verde, porque antes de llegar a la vidriera había tenido que filtrarse por el follaje de una trepadora” (194-195). Tras unos minutos aparece en ese espacio “la figurilla pequeña, encorvada y magra, de un viejecito” y pasa detallada revista a su fisonomía:

A los lados del cráneo cónico, el ralo y apenas perceptible cerquillo de los cabellos blancos; muy amplia y de limpia y majestuosa curva, la frente, cruzada por un leve pentagrama de arrugas; bajo los lentes, apretados en el nacimiento de la nariz, fina, los ojos infantiles, indagadores y risueños; de una extremidad de los lentes, cuelga la angosta cinta negra que descende por la mejilla hasta enredarse alrededor del cuello; y lo que tal vez da más carácter a la cabeza, el vellón de nieve de los bigotes espesos y la aguda perilla, que rodean una boca de labios delgados y entreabiertos. Inclínada hacia delante y semienterrada en la estrecha caja de los hombros, aquella cabeza recuerda viejas ilustraciones de leyendas y libros de caballerías: un mago del Oriente, un hechicero medioeval... Bien le sentaría a este rostro, iluminado de misteriosa claridad, la caperuza de Merlín (Urbina, 1920: 195-196).<sup>15</sup>

15. De Echegaray escribe José Martí en *La Patria*, el 29 de junio de 1879: “Hombre movible y resuelto, de paso inquieto que se avenía mal al paso ceremonioso del teatro, de palabra animada y nerviosa; con el ademán breve prologando hacia delante, como de quien hoza en lo desconocido, —con lentes brillantísimos, no

Se menciona brevemente el cuerpo (va vestido “con traje de casa”), las manos (“muy viejas ya, más que la cara, de piel rugosa y seca y deformados dedos, pero que conservan un enérgico gesto de fuerza”, 196) y la voz (“el gran hombre tiene miel en los labios y en el entendimiento”, 197). Hablan de la guerra, de sus memorias, que había publicado en *La España Moderna*, y de su única dedicación en el momento: el ensayo científico. Hasta entonces Urbina había ocupado un segundo plano. Ahora pasará al primero para emitir su juicio:

Estoy frente a un ingenio de España. La España actual tiene dos viejos que la honran y la glorifican: Echegaray y Galdós. Ninguno de la presente generación más alto que ellos. Han rendido su fruto, es verdad; pero hay todavía mucho que aprender y que admirar de esa labor extensa. Este don José, dramaturgo, es un eslabón de oro que unió la moral calderoniana al desenfreno desmelenado del romanticismo. Y así prolongó, exaltándola y agitándola, el alma española (202).

Urbina define su obra como la de un soñador, el “forjador de seres hiperestesiados”. Entonces Echegaray pregunta por América, por México, por Cuba, y Urbina descubre con agrado que el autor de *El gran Galeoto* conoce muy bien Latinoamérica: “Mostraba una extraordinaria penetración en sus juicios, una sólida ilustración. Estaba informado de la sociología y de la política de los pueblos hispanoamericanos” (Urbina, 1920: 208). Finalmente, el dramaturgo les acompaña a la puerta de su casa: “Y al verle por última vez, me pareció que aquel cuerpo encorvado y maestro era de una engañosa debilidad y, como dijo el poeta, ‘tenía la fragilidad de las cosas aladas’” (209).

La misma admiración que profesa a Echegaray, señalándolo como un miembro de la “gente vieja” junto con Galdós, será la que muestre, por contraste, con un representante de la “gente nueva”, Ramón María del Valle-Inclán, al que había conocido en su juventud en México, con quien se encuentra fortuitamente en un café y quien le cita al día siguiente en su casa. Dos son los retratos que ofrece Urbina del autor de *Romance de lobos*. El primero contiene los rasgos físicos más característicos del escritor gallego:

Vi levantarse a un hombre vestido de negro. El sombrero, de anchas y flojas alas; la barba no muy espesa, pero fluida y crecida sí, y casi en contacto con la barba, como disputando a este territorio, unos quevedos, dentro de cuyos grandes arillos de carey brillaban, con suavidad, los ojos oscuros; todos estos rasgos hicieronme comprender que se trataba de un artista, probablemente de un pintor o de un escultor. La silueta nerviosa y delgada tenía mucho carácter. Mas lo que mejor le peculiarizaba era que, al andar, la manga izquierda de la americana flotaba vacía: a juzgar por los mo-

---

por el reflejo de las luces, sino por el fuego de la vivaz mirada de sus ojos; de frente alta y aguda, como elevándose hacia el cielo: tal era el hombre” (1975: 93).

vimientos de la manga, faltaba el brazo desde un poco más abajo del hombro (217-218).

El segundo, construido de forma muy semejante al de Echegaray: detallado, pictórico e impresionista:

Su cabeza pequeña, de forma céltica, deja ver apenas, en el pelo corto, uno que otro hilo blanco; el cutis del rostro se conserva juvenil y terso, luciente está el obscuro castaño de la barba. Sobre la nariz, irregular, aperillada, un poco plebeya, cabalgan los anteojos descomunales, y este adminículo, que yo no le conocía, me desconcierta la imagen que conservaba en la memoria; pero, en cambio, vuelvo a sentir la influencia de la mirada y la sonrisa, que son verdaderamente deliciosas.

Niños son los ojos, y niña la boca, y por ellos se exterioriza y derrama el candor ingénito y diamantino de las almas superiores. En la mirada y la sonrisa de Valle-Inclán se presiente la fuerza; pero se adivina la inocencia. Dice que es maligno; no se le conoce; lo que se le conoce es lo apasionado, lo vivaz, lo nervioso. Dicen que es irónico; sí lo es, y bien se nota cómo el ingenio gusta de pasarse, con agilidad duendil, por los jardines del epigrama. Pero ser irónico no significa ser malicioso. [...] Se le juzga de otro modo, quizá porque pertenece a la generación de los iconoclastas, de aquellos jóvenes del “noventa y ocho” que se propusieron renovar las letras, y que, para tal empresa, comenzaron por ejercitar sus rebeldías derribando sistemáticamente los ídolos, minando y destruyendo las celebridades de entonces (222-223).

En el decurso de la visita, el periodista convierte a Valle-Inclán en un profeta capaz, dadas sus dotes oratorias, de pasar de lo bélico a lo estético, ofreciendo entonces un retrato dinámico y a la vez subjetivo del escritor:

El brazo que falta ha sido cortado casi a cercén, y entonces la figura se mueve en las primeras penumbras del atardecer, trae a la memoria, por asociaciones repentinas — materiales y psíquicas —, las viejas estatuas mutiladas de los santos de piedra que se yerguen en las hornacinas de las fachadas de los templos seculares (232).

También ahora Cuba y México se convierten en tema de conversación, puesto que Valle-Inclán refiere a Urbina algunos recuerdos de su estancia en ambos países.

De esta forma, el poeta mexicano intenta llegar al alma de los dos escritores y trasladarla a los lectores. Su propósito es describir al individuo en la intimidad, desde la que se proyecta el intelectual, el hombre público.

Aunque en momentos distintos, Manuel Fernández Juncos y Luis G. Urbina escriben sobre nosotros en circunstancias difíciles de nuestra relación. El primero con el propósito de estrechar unos lazos en peligro; el segundo para establecer una nueva relación de comprensión y de entendimiento. Ambos lo hacen pensando

do en sus compatriotas puertorriqueños, mexicanos y cubanos. Como hispano-puertorriqueño, Fernández Juncos no llega al país que le vio nacer con la imagen creada por los románticos viajeros, ni con el antihispanismo latinoamericano de Sarmiento, sino con la proyección de su patria chica y la España representada en Cervantes, en los románticos costumbristas y los realistas de su época. Su libro de viajes no se escribe desde la perspectiva latinoamericana, como ocurrirá con las *Estampas* de Urbina. Para ambos, como para el peruano Ricardo Palma o el uruguayo Enrique Rodó, las personalidades a las que visitan forman parte sustancial de su estancia en España y se convierten en piezas fundamentales del paisaje,<sup>16</sup> aunque la relación establecida por el viajero es distinta e implica una diferente relación entre España e Hispanoamérica. Para el hispano-puertorriqueño, Pardo Bazán, Pereda o Clarín forman parte del presente y del futuro en su proyecto españolista. Fernández Juncos precisa de reconocimiento y de cierta protección. Urbina, que siente igualmente admiración por Echegaray y Valle-Inclán, mira a sus anfitriones como compatriotas con los que comparte un pasado común, sobre todo, una lengua común, pero a los que ve como a iguales. La distancia temporal que media entre el paso del realismo al modernismo y la diferencia existente entre un “relato de viajes” y unas “estampas” explican la distinta textura de sus retratos, aunque en ambos casos funcionan como interesantes piezas literarias.

## Bibliografía

- ALBUQUERQUE-GARCÍA, Luis (2011), “El ‘relato de viajes’: hitos y formas en la evolución del género”, *Revista de Literatura*, LXXIII, 145 (enero-junio) (15-34).
- ALONSO MIER, María Eugenia (1999), “Breves notas bio-bibliográficas sobre Manuel Fernández Juncos”, en *Actas del II Congreso de Bibliografía asturiana*, Oviedo, Consejería de Educación y Cultura I (65-69).
- BADÍA RIVERA, Luz Elena (1017), “El Museo Provincial de Puerto Rico: un proyecto cultural interrumpido”, *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada*, 48 (135-151).
- CIORDIA MUGUERZA, Javier (2003-2004), “Manuel Fernández Juncos. Primer ‘Doctor Honoris Causa’ por la Universidad de Puerto y paradigma del Maestro Eficaz”, *CEIBA*, III, 1 (agosto-mayo) (28-38).

16. Palma, que nos visitó a finales del siglo XIX, dijo en el prólogo de sus *Recuerdos de España* (1897): “He preferido hablar de Madrid, ocuparme de dar a mis lectores de América noticias personales sobre los literatos con quienes, en esa capital, mantuve cordiales relaciones. Sé que eso interesaba a la curiosidad de mis lectores más que las descripciones de San Francisco el Grande, del palacio en que se efectuó la Exposición Colombina [...] de la Puerta del Sol, de la plaza de toros, de la Cibele, del Retiro y del Paseo de la Castellana”. Por su parte, el uruguayo Enrique Rodó, escribió en una carta de 1904: “Iré primero, por pocos días a Madrid —a fin de ver terminada la impresión de la obra (se refiere a su *Proteo*)—; de allí pasaré a Salamanca, a ver a Unamuno, a Oviedo, a ver a Altamira y Posada; a Sevilla, a ver a Rueda; a Valencia, a ver a Blasco Ibáñez; todo de paso. Terminaré mi gira por Barcelona; solo a fin de conocer la tierra de mis abuelos; y de allí, tras brevisima permanencia, me pondré en Italia...” (*op. cit.* en Esteban, 2004: 25).

- CORTÉS ZAVALA, María Teresa, GARGALLO GARCÍA, Olivia (2011), “Manuel Fernández Juncos: pensamiento liberal y autonomismo en *El Buscapié*”, *Revista Historia Caribe*, VI, 18 (enero-junio) (9-30).
- CORTÉS ZAVALA, María Teresa, FLORES PADILLA, María Magdalena (2015), “La *Revista Puertorriqueña*: el periodismo cultural y sus redes hispanoamericanas”, *Revista de Indias*, LXXV, 263 (149-176).
- DEAÑO GAMALLO, Antonio (2008), “Las cartas de Emilia Pardo Bazán a Antonio Machado y Álvarez”, *La Tribuna. Cadernos de estudios da Casa Museo Emilia Pardo Bazán*, 6, (173-233).
- DOMINGO ACEBRÓN, M.<sup>a</sup> Dolores (ed.) (1997), *Rafael María de Labra*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica – Agencia Española de Cooperación Internacional.
- ESTEBAN, José (ed.) (2004), *Viajeros hispanoamericanos en Madrid*, Madrid, Sílex.
- FERNÁNDEZ JUNCOS, Manuel (1886), *De Puerto-Rico a Madrid [sic]*. *Estudios de viaje*, Puerto Rico, Tipografía de José González Font, 1886.
- FERNÁNDEZ JUNCOS, Manuel (1887), *De Puerto-Rico a Madrid [sic] por La Habana y Nueva York*. *Estudios de viaje*, segunda edición, Puerto Rico, Tipografía de José Fernández Font, 1887.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel (1981), “Pereda y Galdós en Santiago de Compostela en mayo de 1885”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, xxxii, 96-97 (499-511).
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel (1983), *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo*, Santander, Ayuntamiento de Santander.
- GUZMÁN RUBIO, Federico (2013), *Los relatos de viaje en la literatura hispanoamericana: cronología y desarrollo de un género en los siglos XIX y XX*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.
- HERNÁNDEZ RUIGÓMEZ, Almudena (1994), “Rafael María de Labra, americanista antillano en el Congreso de los Diputados”, *Mar Oceana: Revista del Humanismo Español e Iberoamericano*, 16 (15-30).
- MADARIAGA, Benito (1991), *Pereda. Biografía de un novelista*, Santander, Ediciones de Librería Estudio.
- MARTÍ, José (1975), *Obras Completas*, 15. Europa, La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- MELÉNDEZ, Concha (1981), “Manuel Fernández Juncos, mentor de juventudes”, *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española*, IX (83-99).
- LISSORGUES, Yvan (2007), *Leopoldo Alas Clarín, en sus palabras (1851-1901)*, Oviedo, Nobel.
- ORTEGA ROMÁN, Juan José (2006), “La descripción en el relato de viajes: los tópicos”, *Revista de Filología Románica*, anejo IV (207-232).
- ORTIZ-ARMENGOL, Pedro (1995), *Vida de Galdós*, Barcelona, Crítica.
- PEÑATE RIVERO, Julio (2011), “Viajeros españoles por Europa en los años cuarenta del siglo XIX: tres formas de entender el relato de viaje”, *Revista de Literatura*, LXXIII, 145 (enero-junio) (245-268).
- ROMERO, Ernesto Emiliano (2016), “Luis G. Urbina, la definición de un género literario”, *Noésis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 25, 49 (160-178).

- ROMERO TOBAR, Leonardo (2005), “La reescritura en los libros de viaje: las *Cartas de Rusia* de Juan Valera”, en Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui Elduayen, coords., *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Madrid, Akal (129-150).
- TINTORÉ, María José (1987), “*La Regenta*” de Clarín y la crítica de su tiempo, Barcelona, Lumen.
- URBINA, Luis G. (1920), *Estampas de viaje. España en los días de la guerra*, Madrid, Editada la Revista Hispano-Americana “Cervantes”.